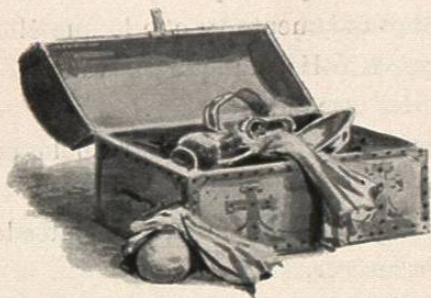


Félix se ha adelantado hasta cerca de Atlihuayan, por si hay algo. Conque, anda, vete y que duermas bien.

Algunas otras frases le dijo, pero debieron ser tales, que no quiso pronunciarlas sino en voz baja y en el oído del Zarco. El caso es que los dos se separaron riéndose á carcajadas. Salomé montó á caballo y seguido de una veintena de jinetes se fué á hacer ronda. El Zarco se dirigió á la capilla, en donde todos dormían ya, menos Manuela, que lo esperaba sentada en su banco, ceñuda y llorosa.



XXI

La orgía

Pasáronse así algunos días, que parecieron siglos á Manuela, siglos de aburrimiento y de tristeza. Érale imposible ya habituarse á aquella existencia entre los bandidos, puesto que á medida que el Zarco la trataba con mayor intimidad, siendo ya su querida, sentía mayor despego hacia él, despego complicado con una especie de miedo ó de horror al

hombre que había podido arrastrarla hasta aquel abismo.

Por una necesidad de su nueva vida, Manuela había tenido que entablar relaciones, si no de amistad, al menos de familiaridad con aquellas mujeres que habitaban la capilla con ella, y aun con las queridas de los otros bandidos que vivían en otra parte.

Entre ellas hacía distinción de una, no porque fuese menos perversa, sino porque conocía muy bien á Yautepec, donde había residido muchos años, y le hablaba siempre de personas que le eran conocidas, de doña Antonia, de Pilar, de Nicolás, sobre todo de Nicolás, á quien conocía mucho.

—¡Ay Manuelita!— le había dicho esta mujer el primer día en que trabaron conversación, —yo me alegro mucho de que esté usted con nosotras, porque es usted tan bonita y tan graciosa, y porque quiero al Zarco y mi hombre le quiere también, pero no por eso dejaré de decir á usted que ha hecho una gran tontería en venirse aquí con él. Si le hubiera puesto á usted casa en alguno de los pueblos, ó haciendas, ó ranchos donde tenemos amigos, habría hecho mejor y estaría usted más segura y más contenta. Pero aquí, mi alma, va usted á padecer mucho. Para nosotras, que hemos seguido á nuestros hombres en todas las guerras, y que hemos corrido con ellos la ceca y la meca, esta vida ya no es pesada, y al con-

trario, nos gusta, porque, en fin, estamos acostumbradas, y las aventuras que nos suceden son divertidas algunas veces, fuera de que tenemos también nuestro reparto en ocasiones y nos tocan regulares cosas. Es cierto que pasamos también buenos sustos, y que hay días en que no comemos y noches en que no dormimos, y nuestros hombres nos pegan y nos maltratan, pero, ya digo, estamos acostumbradas y nada nos hace. Pero usted, una niña que ha estado tan recogida siempre, tan metidita en su casa, tan cuidada por su mamá, que tiene usted la carita tan fina y el cuerpecito tan delicado y que no está hecha á pasar trabajos, la verdad, mi alma, me temo mucho que se vaya á enfermar ó que le suceda alguna desgracia. Ahora ya lo ve usted, está usted muy triste, se le echa de ver luego en la cara que no está usted contenta, ¿verdad?

Manuela respondió sólo derramando un mar de lágrimas.

—¡Pobrecita!— continuó aquella mujer, —yo la conocí á usted hace dos años, allá en Yautepec, ¡tan hermosa! ¡tan decente! ¡tan bien vestida! Parecía usted una Virgen, y que la querían á usted mucho los gachupines de la tienda y todos los muchachos bien parecidos de la población, aunque le hablaré á usted francamente, ninguno de ellos valía nada en comparación de don Nicolás el herrero. Él, el pobrecito es trigüeño, es feo, es desairado, como indio

que es, y artesano, pero dicen que es muy trabajador, que tiene ya su dinero y que le quieren mucho. Aquí no hay que hablar bien de él, porque le tienen miedo y es el único á quien no le han podido dar un golpe, porque es muy valiente y no se deja; y como no tiene tierras, ni ganado, ni nada que le puedan ocupar, sino que tiene su dinero quién sabe donde, de ahí es que habría necesidad de cogerlo á él para darle tormento y que lo entregara; pero no se ha podido, porque él es muy desconfiado, y anda siempre muy bien armado y con otros compañeros también resueltos. ¡Pero ese sí le habría convenido á usted, niña, y él andaba enamorado desde hacía tiempo de usted, y todos lo sabían! Eso es hablarle á usted la verdad, y Dios me libre de que me oyera el Zarco, porque me sacaba los ojos, pero es la verdad. El Zarco es cierto que es buen mozo y simpático, y bueno para la pelea y tiene mucha fortuna; pero le diré á usted, tiene su mal genio, y si la sigue viendo á usted triste se va á enojar, y puede que...

—¡Qué!—interrumpió Manuela con vivacidad,—¿que me pegue?

—¡Pues... vea usted, Manuelita, no sería difícil! Él la quiere á usted mucho, pero ya le digo á usted, tiene muy mal genio...

—¡Pues eso sólo me faltaba!—replicó Manuela. Y luego añadió con amargura:—No, no lo hará, y ¿por qué lo había de hacer? ¿qué motivo le doy?

—Ya se ve que ninguno, y al contrario, está muy enamorado de usted; pero por eso mismo, él es muy perro, y si la ve á usted triste y triste, va á creer tal vez que usted no le quiere, que está usted arrepentida de haberle seguido, y sería capaz de matarla en un coraje...

Yo le aconsejo á usted que se muestre más alegre, que se haga la disimulada, que le dé á conocer al Zarco que está usted contenta, que se lleve con nosotras, que aguante las chanzas de los muchachos, que también han advertido ya que no los quiere usted; en fin, que se vaya usted haciendo á nuestra vida, porque al cabo, ya ahora, mi alma, es usted del Zarco, y á no ser una desgracia, como por ejemplo, que lo maten, tiene usted que andar con él siempre, si no es que logra usted con modito que la lleve á otra parte; pero entonces puede que sea peor, porque tendrá usted que lidiar con las gentes, que sospecharán de usted, y además con los celos del Zarco, que estando ausente de usted ha de andar siempre desconfiado, y con el menor chisme que le cuenten, habrá pleitos, y muertes, y se arrepentirá usted de haberse separado de él. Conque es mejor que haga usted lo que le digo, mucho disimulo y granjearse el cariño de todos.

Manuela comprendió fácilmente que aquella mujer tenía razón, y que, aunque amarga y desagradable, le había pintado la existencia que tenía que llevar

con la verdad propia de la experiencia. Las razones que le daba no tenían réplica. Todo lo que le pasaba é iba á pasarle todavía, no era más que la consecuencia ineludible de su aturdimiento, de su ceguera, de su insensatez. Precipitada de cabeza en el abismo, no había desviación posible; tenía que caer hasta el fondo. Así, pues, no había escapatoria; era como una avecilla presa en las redes, como una mosca envuelta en la negra tela de una araña monstruosa, y más envuelta á medida que eran mayores los esfuerzos que hacía para salir de ella.

A esta consideración, Manuela sentía circular en su cuerpo un calosfrío de muerte, y se apoderaba de ella un fuerte deseo de escaparse, de volar, al que sucedían luego un desmayo y un desaliento indecibles.

¡Fingir! ¡disimular! Esto era horroroso, y sin embargo, no le quedaba otro camino. Se propuso, pues, seguirlo, cambiar de conducta enteramente y engañar al Zarco para inspirarle confianza, á fin de aprovechar la primera oportunidad para escaparse de sus garras.

Semejante vida estaba llena de vicisitudes, de aventuras; no siempre estarían en aquella madriguera, no siempre andarían por aquellos rumbos. Era posible que alguna vez tuviesen que atravesar cerca de alguna ciudad; entonces se refugiaria en ella, apelaría á las autoridades, llamaría en su auxilio; tal

vez encontraría á Nicolás, le inspiraría compasión y la salvaría, él á quien los bandidos temían tanto, él que era tan valiente, tan honrado y tan generoso.

Porque, como es de suponerse, dado el cambio de ideas que se había operado en el ánimo de Manuela, á medida que el tipo del Zarco se iba cubriendo con las sombras del miedo, del horror y quizás del odio, el del joven herrero se iba iluminando con nueva y rosada luz.

Nicolás, aun para aquella mujer que no hacía más que hablar la verdad, valía más que el Zarco, más que todos los bandidos que le tenían miedo. No estaba dotado de buena figura, pero en cambio, ¡qué alma tan hermosa tenía! Manuela ya había aprendido en tan pocos días á estimar lo que vale la apariencia cuando se la compara con el fondo. El Zarco, joven, guapo, agraciado antes para ella, hoy le inspiraba horror.

Nicolás, el obrero rudo, el indio atezado, con las manos negras y gruesas, blandiendo el martillo, junto al yunque, cubierto con su mandil de cuero, iluminado con los fulgores rojizos de la fragua, y ganando la vida con su honradísimo trabajo, le parecía ahora hermoso, lleno de grandeza, amable en comparación con aquellos holgazanes, carcomidos de vicios, cubiertos de plata, que habían arrancado por medio del asesinato y del robo, proscritos de la sociedad, viviendo con zozobra siempre, teniendo por

perspectiva el patíbulo, durmiendo con sobresalto, buscando en la embriaguez y en el juego el olvido de sus remordimientos ó los únicos placeres de su vida infame.

¡Qué bella y qué dulce hubiera sido la existencia en la casa de aquel obrero, rodeada por el respeto de las gentes honradas! ¡Qué hogar tan tranquilo, por más que fuese humilde! ¡Qué días tan alegres consagrados desde el amanecer á las santas faenas de la familia! ¡Qué noches tan gratas, después de las fatigas del día, pasadas en suaves conversaciones y en un reposo no turbado por ningún recuerdo amargo! Y luego, la cena sabrosa y bien aderezada, en la mesa pobre, pero limpia, las caricias de los hijos, los consejos de la anciana madre, los proyectos para lo futuro, las esperanzas que arraigan en la economía, en la actividad y en la virtud... todo un mundo de felicidad y de luz... ¡Todo desvanecido!... ¡todo ya imposible!

Y en medio de este cuadro, surgía rápida, pero precisa y clara, una imagen que hacía estremecer á Manuela. ¡Era la imagen de Pilar, de su dulce y buena amiga, que parecía amar á Nicolás en silencio y á quien acostumbraba á decírselo en broma, como para humillarla! Y ahora... esta aparición fugaz, en ese sueño de dicha que se alejaba, producía á Manuela un sentimiento amargo y punzante. ¡Era la envidia! ¡eran los celos!

Pilar merecía esa dicha, que ella, la insensata, había desdeñado; pero, con todo, Manuela sentía un malestar indecible con sólo sospecharlo, y no se tranquilizaba sino pensando que tal unión era imposible, puesto que Nicolás no podía amar á la huérfana, apasionado como estaba de ella, de Manuela, y exacerbada como debía estar esta pasión á consecuencia de la fuga.

Con todo, apenas nacieron estos pensamientos en el espíritu de Manuela, después de la conversación con la mujer á quien había escogido por confidente, cuando se desarrollaron de una manera tenaz é implacable. La imagen de Pilar fué ya la pesadilla constante de Manuela y las sospechas tomaron el carácter de realidades, como sucede siempre en las imaginaciones vivas. Y es que Manuela amaba ya á Nicolás, y lo amaba con el amor desesperado y violento que lucha con el imposible.

Así es que, aunque se había propuesto seguir los consejos que se le habían dado, y adoptar el camino del disimulo, no pudo hacerlo, y se encerró en un silencio y en una tristeza más obstinados todavía que los de los días anteriores.

El Zarco se manifestó enojado, al fin, y la riñó.

—Si sigues triste, vas á hacer que yo cometa una barbaridad,—la dijo.

Manuela se encogió de hombros.

Pero una tarde llegó el Zarco á caballo y muy

contento. Durante el día había hecho una expedición en unión de varios compañeros. Saltó del caballo á la puerta de la capilla y corrió á ver á Manuela, que como casi siempre, se hallaba encerrada en la especie de alcoba que se le había improvisado.

—Toma,—le dijo el bandido,—para que ya no estés triste.

Y puso en sus manos una talega con onzas de oro.

—¿Qué es esto?—preguntó Manuela con disgusto.

—Mira lo que es,—contestó el Zarco, vaciando las onzas en la cama.—Cien onzas de oro,—añadió,—que me acaban de traer, y mañana me traerán otras cien, ó le corto el gáznate al francés.

—¿Qué francés?—preguntó Manuela horrorizada.

—Pues á un francés que me fueron á traer los muchachos hasta cerca de Chalco, figúrate, hasta cerca de México. ¡Es rico y aflojará la mosca ó se muere! Ya mandó la familia cien onzas, pero si no manda quinientas la lleva. Por ahí lo tengo comiendo una tortilla cada doce horas.

—¡Jesús!—exclamó Manuela espantada.

—¡Qué! ¿te espantas, soflamera? ¡Pues vaya que estás lucida! En lugar de que te alegraras, porque con ese dinero vamos á ser ricos. Yo les daré á los compañeros algo, pero nos cogemos la mayor parte, y después nos iremos zafando de aquí poco á poco, porque no se puede hacer luego luego, y nos marcharemos por ahí, para Morelia ó para Zacatecas ó

para en casa de los diablos, donde no sepan quien soy, y pondré un mesón ó compraremos un rancho, porque, lo que eres tú, no tienes pintas de querer llevar esta vida, ¡y que me lo habías prometido!...

Manuela, sin darse por entendida de este reproche, después de haber mirado el oro con indiferencia, le contestó:

—Oye, Zarco, aunque no me traigas más dinero, te ruego que sueltes á ese hombre. ¿Dices que está comiendo una tortilla cada doce horas?

—Sí,—replicó el Zarco, sorprendido de la pregunta.

—Pues bien,—continuó Manuela,—yo te suplico que le des de comer bien, y que luego lo dejes libre, aunque no te dé más dinero.

—¿Qué es lo que estás diciendo?—preguntó el Zarco, con voz ronca en que se traslucía la cólera más salvaje.—¿Estás loca, Manuela, para decirme eso? ¿No sabes que cada rico que cae en nuestras manos tiene que comprar su vida pesándose en oro? ¿Conque nada más por ti, por ti no más, ingrata, he arriesgado á los muchachos para que vayan á traerme á ese rico, para que nos dé dinero, para que nos replete de onzas, para que te compres alhajas, vestidos de seda, todo lo que quieras, y ahora me sales con esta compasión y con estos ruegos? Pues seguramente tú no has acabado de saber quién soy yo, y de lo que soy capaz. Tú eres muy buena, Manuelita,

y te has criado entre gente muy escrupulosa y muy santa; pero tú sabías quién era yo, y si no te creías capaz de acomodarte á mi modo, ¿para qué te saliste de tu casa? Ya sabías lo que soy, ya sabías de dónde venían las alhajas que te he dado. ¿De qué te espantas ahora? ¿Te has venido aquí para predicarnos sermones? Pues pierdes el tiempo y me estás fastidiando, porque, la verdad, ya no aguanto tus gestos y tus desprecios para mis compañeros, y tus lagrimitas y tus soflamas. Hace varios días que Salomé, Félix y el Coyote me están diciendo que he hecho mal en traerte aquí con nosotros, y que tú nos vas á causar alguna desgracia, y yo, sólo por el cariño que te tengo, he estado sufriendo sus indirectas, y creyendo darte gusto he expuesto la vida de mis mejores compañeros para que me traigan á un rico, y pelarlo y darte dinero, mucho dinero, y ¡que me salgas con esta tontera!... la verdad, Manuelita, no lo he de aguantar. Si tu modo de pensar era diferente, ¿por qué no te casaste con el indio de Atlihuayan? ¡Ese no es ladrón! Pero conmigo, la bebas ó la derramas... ó te conformas con la vida que llevo ó te mueres, Manuela, —dijo el Zarco arrimándose á la joven, abriendo los ojos, apagando el acento y poniendo la mano en el puño de la pistola.

Manuela tembló ante esta explosión de ira.

—Pero, yo quería, —dijo con timidez, —que por causa mía no fueras á matar á ese extranjero... Era

por ti, sólo por ti... porque tengo miedo de que cometas un crimen...

—¡Crimen! —repitió el Zarco, lívido de cólera y con voz nasal, pero ya un poco calmado.—¡Crimen! ¡vaya una tonta! ¿Pues tú estás pensando que ésta es la primera zorra que desuello? ¡Vete al demonio con tus escrúpulos! Este francés se irá adonde se han ido los otros, aunque no sea para darte á ti el dinero. ¿No sabes, inocente, que el rico que cae en nuestro poder nos pertenece á todos? Aunque yo quisiera echar libre al francés, ¿piensas que los demás me habían de dejar? Pues ¿y la parte que les toca?

—Bien, no hablemos ya más de eso, —dijo Manuela espantada;— haz lo que quieras, Zarco, no te diré más.

—¡Pues está bueno, —replicó el bandido, —y harás bien! Ahora lo que hay que hacer es aprovecharse de la ocasión. Guarda esas onzas sin hacer ruido, y no hables, ni me molestes con llantos y con quejumbres.

Acabando de decir esto el Zarco, se oyó un gran ruido de voces, mezclado al rasgueo de guitarras y de jaranitas, y entraron en la capilla Salomé Plasencia, Palo-Seco, el Tigre, Linares y otros veinte bandoleros más, que parecían regocijados y estaban ebrios.

—¡Zarco! —gritaron;— ahora estás rico, hermano, y vamos á hacer un baile para que se alegre la chata

que te has traído de Yautepec y que se está muriendo de *tiricia*.

—¡A ver! ¡sácala, negro, sácala, y que venga á bailar con nosotros el *valse* y la *polca* y el *chotis*!

—Ven, Manuelita, y cuidado con disgustar á mis compañeros,—dijo el Zarco, tomando de la mano á la joven, que se dejó arrastrar como una víctima y que procuró fingir una sonrisa.

—Aquí estoy, hermanos, y aquí está mi chata para ir al baile.

—Huerita,—dijo Salomé, que traía una botella en la mano.—Nos va á acompañar al baile que vamos á hacer para celebrar las hazañas de su querido, el Zarco; antier le dió el tormento de la *caña* al francés y escupió luego las oncitas que debe usted haber guardado, buena moza, y vamos á beber y á gustar... Véngase para acá y deje de estar allí tan triste como la Virgen de la Soledá el viernes santo.

—Bueno, bueno,—dijo el Zarco,—vamos á disponer el baile y á preparar los licores, que ya vendré por Manuela para llevarla. Vístete, mi vida, y cómponte para el baile, que ya vengo por ti.

—Zarco, tú eres celoso,—dijo Salomé, dándole una palmada en el hombro, con tono de burla;—eres celoso, y tú sabes que entre nosotros eso no se usa. Por ahora te consentimos esas tarugadas, pero no sigas con ellas mucho tiempo, hermano, porque no convienen.

Manuela tembló. Todo se convertía en nuevos peligros para ella. Luego que se quedó sola, llamó á su confidente para que la ayudara á vestirse, y en realidad para hablar con ella.

—¿Quién es ese francés que tienen preso?—le preguntó.—¿No sabe usted nada?

—¡Cómo no!—contestó la mujer,—y me extraña mucho que usted no lo sepa. Ahí está el francés en un sótano de la casa de la hacienda, y todos los días le dan tormento para que escupa el dinero su familia que está en México. Dicen que ya dió una talega, y que la tiene el Zarco. *El Amarillo* (así se llamaba su hombre) es el que lo cuida ahora, lo mismo que á los demás.

—¿Pues qué, hay otros?—preguntó curiosamente Manuela.

—Ya se ve que hay otros,—respondió la mujer.—Hay un gachupín, hay otro tendero, otro viejo muy tacaño que se queja todo el día, y otros más pelados, pero que pueden dar sus cien ó doscientos pesos. ¡Siempre es algo!

—¿Y podría yo verlos?

—¡Cómo no! Si el Zarco quiere llevarla á usted, es lo más fácil; pero como es usted tan delicada, se va usted á afligir.

—No me afligiré,—respondió Manuela, con aire de resolución;—ya estoy cambiada, ya voy á seguir los consejos de usted.

—¡Ah, qué gusto!— exclamó la mujer,—entonces va usted á divertirse mucho. ¡Ya verá usted!

Como el Zarco llegaba en ese momento, Manuela le rogó que la condujera adonde estaban los *plagiados*.

El Zarco la miró con sorpresa.

—¿Tú?—le dijo,—¿tú quieres ver á los presos? Pero ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido,—contestó Manuela,—que voy á probarte que no estoy triste ni descontenta con esta vida; que no me espanto de nada, y que, cuando me resolví á dejar mi casa y mi familia por ti, es que estaba yo determinada á seguirte á todas partes y á correr tu suerte.

—¡Bueno, muchacha, eso sí me gusta! Me tenías muy disgustado, pero, puesto que estabas fingiendo, y que eres lo que yo pensaba, ahora sí soy feliz. Voy á llevarte adonde están esos tarugos y no les tengas lástima, porque tienen dinero y no arriesgan la vida como nosotros.

Manuela, ya vestida y compuesta para el baile, y muy bella, á pesar de su palidez y de su demacración, se dejó conducir por el bandido hasta las viejas bóvedas de los *purgares*, que servían de cárcel á las desdichadas víctimas de los facinerosos.

En la única puerta que había practicable estaba una guardia de veinte bandidos, armados de mosquetes, pistolas, machetes y puñales. Todos guar-

daban silencio y tenían cubiertos los rostros con pañuelos.

Aquellos vastos salones abovedados, que habían servido en otro tiempo para guardar los panes de azúcar, y que son conocidos en las haciendas con el nombre de *purgar*, habrían estado completamente oscuros si en los ángulos no hubiera alumbrando una lamparilla de manteca, junto á la cual se tendían en petates inmundos cuatro hombres atados de pies y manos, vendados los ojos, y que habrían sido tomados por cadáveres si de cuando en cuando no hubiesen revelado en movimientos de dolor, ó en apagados sollozos, que eran cuerpos que vivían.

—¡Mira al francés!—dijo el Zarco á Manuela, llevándola á uno de los rincones y señalando á un hombre anciano, con la cabeza gris, fuertemente vendado y que apenas daba señales de vida.

Junto á él había vigas en cruz, reatas, lanzas, y algunos otros objetos de tortura, un jarro de agua y una botella de aguardiente.

—Antier le hemos dado *caña* á este maldito gachacho, y por eso ha dado las onzas, pero si no suelta más dinero le haremos algo peor. No sabe todavía lo qué es tener el pescuezo apretado, ni que le saquen las uñas de los pies y de las manos. ¡Ya lo sabrá!

A estas últimas palabras, dichas en voz alta, el pobre francés, que las había escuchado, trató de incorporarse, y con voz débil y suplicante, dijo:

— ¡Oiga, señor, por el amor de Dios, máteme; ya no puedo más, máteme!

— No, todavía no, viejo agarrado, manda traer otras cuatrocientas onzas; sino, ya verás lo que te pasa.

— No tengo más onzas, — contestó el desdichado; — ¡soy pobre, tengo familia, tengo hijitos, no hay quien me preste!... ¡No tengo más!... ¡no tengo más!... ¡máteme!...

— Vámonos, — dijo Manuela, próxima á desmayarse; — si no tiene dinero, mátenlo...

— No, — repuso el Zarco, riendo con una risa siniestra y espantosa, — esto dicen todos; se desesperan, quieren morir, pero, como la vida no retoña, acaban por soltar la mosca. Mañana dará éste lo que le pedimos. Ya se avisó á su familia, y ya escribió él, diciendo lo que le pasa.

— Bien, — dijo Manuela, toda temblando, — ¿pero qué? ¿el gobierno no mandará tropa á perseguir á ustedes y á libertar á éstos? ¿Sus familias no avisarán?

— ¡Ah, no! no les conviene, porque tendrán miedo de que los matemos. Además, no puede el gobierno enviar fuerzas contra nosotros, y aunque las enviara no nos harían nada; no nos encontrarían aquí. ¡Si tú no sabes, Manuelita; nosotros somos fuertes, estamos seguros, y lo que es por ahora, nadie nos ronca!... ¡Pero vámonos al baile, que ya nos están aguar-

dando! Es preciso que bailes con todos, que estés ri-sueña; no vayan á decir que estoy celoso, y vayamos á tener una *tinga*.

Manuela salió del purgar apresuradamente, lívida, convulsa, con los ojos fuera de las órbitas, loca de horror y de pavor. Por espantoso que fuera á ser ese baile, no podría producirle el pavor, la inmensa repugnancia que acababa de causarle el cuadro de los *plagiados*.

Como el baile se daba en las piezas que estaban un poco más enteras en la antigua casa de la hacienda, y junto á las bóvedas del purgar, la pareja subió las ruinosas escaleras, y pronto se presentó en el salón, alumbrado con velas de sebo y lleno de humo, en que se habían reunido los bandidos para divertirse.

Resonaban allí algunos bandolones, guitarras y jaranas tocando polcas y valeses, porque es de advertir que esos bandidos eran poco aficionados á los bailes populares, como el jarabe, y sólo como una especie de adorno ó de capricho solían usarlos. Los plateados tenían pretensiones, bailaban á lo decente, pero por eso mismo, sus bailes tenían todo el aspecto repugnante de la parodia ó el grotesco de la caricatura.

Al entrar Manuela con el Zarco se alzó una gritería espantosa; vivas, galanterías, juramentos, blasfemias, todo eso salió de cien bocas, torcidas por la embriaguez y la crápula. Todos los bandidos famosos

estaban allí, cubiertos de plata, siempre armados, cantando unos canciones obscenas, abrazando otros á las perdidas que les hacían compañía. Manuela se estremeció; apenas acababa de soltarse del brazo del Zarco, cuando se acercó á ella el mulato colosal y horroroso que tanta repugnancia le inspiraba. Traía todavía su venda, que le cubría parte de la cara, pero dejaba ver su enorme boca, armada de dientes agudos y blancos, de los que sobresalían los dos colmillos superiores, que parecían hendirle el labio inferior, y venía literalmente forrado en plata, como si hubiera querido sobrepujar en adornos á sus demás compañeros.

—Ora va usted á bailar conmigo, huerita,—dijo á Manuela, cogiendo con una de sus manazas el brazo blanco y delicado de la joven.

Por un movimiento irresistible, Manuela retrocedió asustada y procuró seguir al Zarco para refugiarse con él. Pero el mulato la siguió, riéndose, la ciñó el talle con su brazo nervudo, y dijo al Zarco:

—Mira, Zarco, á tu chata, que corre de mí y no quiere bailar: ¡oblígala!

—¿Hombre, qué es eso, Manuela? ¿por qué no quieres bailar con mi amigo el Tigre? Ya te dije que has de bailar con todos, para eso has venido.

Manuela se resignó, y fingiendo una sonrisa lastimosa, se dejó conducir por aquel monstruo de fealdad y de insolencia.

—¡Ah!—exclamó éste, echándose el gran sombrero para atrás, mientras que seguía ciñendo y apretando convulsivamente la cintura de Manuela.— ¡Bien dije yo que había de tener el gusto de abrazarla á toda mi satisfacción! Por ahora está usted con un hombre y nos vamos á dar gusto bailando este *chotis*.

Manuela casi cerró los ojos y se dejó llevar por aquella especie de cíclope, que la devoraba con el único ojo que le quedaba libre y que la bañaba con su resuello como con un vapor de aguardiente.

Al verlos pasar así, espantoso él, como una fiera rabiosa, y débil ella, y doblada, como una presa, los demás bandidos le gritaban:

—¡Ah tigre, no te comas á esa venadita!

Después de haber dado algunas vueltas en aquel salón infecto, atropellando y empujando á cincuenta parejas de bandoleros y de mujeres, ebrios, el Tigre dejó de bailar, pero inclinándose hacia su compañera le dijo, con voz ahogada por los deseos y apretándola brutalmente el brazo:

—Chatita, desde que la vide llegar con el Zarco me gustó, y le encargué á la Zorra, la mujer del Amarillo, que se lo dijera, no para que usted me correspondiera luego luego, sino para que lo supiera de una vez; no sé si se lo habrá dicho.

Manuela no contestó.

—Pues si no se lo ha dicho, ahora se lo digo yo francamente; usted me ha de llegar á querer.

—¿Yo?... —exclamó la joven asustada.

—¡Usted! —replicó el Tigre, — ¡ya verá usted!... El Zarco no es constante y le ha de pagar á usted mal, como las ha pagado á todas... Pero yo estoy aquí, mi alma, para que cuando le dé el desengaño se acuerde usted de mí, y entonces sabrá usted quién es el Tigre; usted no me conoce y no conoce todavía al Zarco. No se espante de verme así, con la cara vendada, porque precisamente estoy así por causa de usted.

—¿Por causa mía? —preguntó Manuela con una curiosidad mezclada de pavor.

—Sí, por causa de usted, y se lo voy á explicar. Me hirieron en Alpuyeca los gringos á quienes matamos. Yo los maté, ¡vaya!... yo fui quien sostuvo la pelea, mientras que el Zarco robaba los baúles; un gringo me dió un balazo con su pistola, que por poco me saca un ojo; pero al fin se murió él y se murieron todos los que lo acompañaban en clase de hombres. Pero el Zarco apenas nos dió la mano en lo fuerte de la pelea, y después de que ya estaban todos caídos y moribundos, fué cuando vino él y los mató cuando estaban rendidos, y mató á las mujeres y á los muchachos. Sí, señor, así fué. El Zarco es un lambrijo y un gallina, pero eso sí, se sacó todas las alhajas para llevárselas á usted y no nos dejó más que la ropa inútil, porque ¿para qué queríamos eso? ¡Levitas, sacos, túnicos viejos, trapos de catrines!

Y el Zarco se cogió lo mejor, después de que nosotros triunfamos. ¡Está bueno! ¡los gavilanes no chillan! Pero luego que vide á usted, dije: «¡Ora sí, me emparejé! Que se lleve el Zarco las alhajas, pero que nos deje á la huerita y estamos á mano.»

Manuela parecía ser presa de una pesadilla y se sintió desfallecer. Las revelaciones sobre el Zarco, sus asesinatos de las mujeres, de los moribundos y de los niños; aquellas amenazas del Tigre, todo era superior á sus fuerzas y á su resolución de afrontar semejante vida. ¡Había caído en el infierno! Sabía que aquellos hombres eran simplemente bandidos, y en realidad eran demonios vomitados por el averno. ¡Oh! ¡si hubiera podido escapar en ese momento! ¡si hubiera podido al menos morir! Quedóse paralizada y muda; sacóla de aquel estado la voz áspera y ronca del Tigre, que la preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa, linda? ¿se asusta usted de lo que le digo?... ¿No le había contado á usted el Zarco todas sus hazañas y valentías? Apuesto á que no; pues sépalas y váyase conformando con lo que le digo, usted ha de venir á parar á mi poder.

—¿Pero usted cree que el Zarco se va á dejar? —exclamó al fin Manuela, sofocada de ira y de fastidio.

—¡Y á mí qué me importa que se deje ó no, chata! ¿pues qué? ¿usted piensa que yo le tengo miedo á ese collón? Si usted admite mi cariño, ahora mismo,